

DOMINIC LIEVEN, *Rusia contra Napoleón: La batalla por Europa (1807-1814)*, trad. de José M. Álvarez-Flórez, Acantilado, Barcelona, 2025, 928 pp. ISBN: 978-84-19958-63-1.

No es difícil entender por qué Rusia luchó contra Napoleón, pero cómo lo hizo y por qué ganó son preguntas mucho más interesantes y esenciales, y para responderlas es imprescindible demoler ciertos mitos muy afianzados.¹

Leer en estos tiempos una obra con un título que presenta a Rusia como la protagonista de una “batalla por Europa” tiene unas implicaciones evidentes. A pesar de los más de dos siglos que han pasado desde que las devastadoras Guerras Napoleónicas llegaron a su fin, hoy podemos entender muy bien a los europeos que se vieron rodeados, por occidente y oriente, de imperios en expansión.

El historiador Dominic Lieven, autor de varios trabajos sobre la historia rusa, utilizó para la confección de este libro un material invaluable, desatendido hasta entonces por los estudiosos occidentales, que le sirvió para escribir la historia de las Guerras Napoleónicas desde una nueva perspectiva: el Archivo Militar del Estado Ruso (RGVA). Con los copiosos documentos de la época que a su disposición puso el Archivo, el investigador inglés plasma en su trabajo una tesis potente, apoyada en una intensa investigación archivística y un profundo conocimiento bibliográfico, que se puede resumir de la siguiente manera: el esfuerzo del Imperio ruso fue decisivo para derrotar a Napoleón, y su éxito se debe a una inteligente estrategia planteada, sostenida y ejecutada hábilmente por sus élites políticas, diplomáticas y militares.

Acantilado acerca con esta publicación a una obra de referencia en la historia napoleónica al público castellanoparlante. No echará de menos el lector un índice onomástico ni una bibliografía final; por añadidura, quince mapas ayudan a seguir bastante bien los movimientos de los ejércitos en campaña. La traducción de Álvarez-Flórez es de buena calidad, aunque la edición no cuenta con ninguna nota sobre traducción o edición: el único texto que encontraremos será de Lieven.

Es largo el camino que comienza en Tilsit, en 1807, y culmina en París, en 1814. Narrar en una historia cómo los acontecimientos políticos, diplomáticos y militares de la turbulenta Europa napoleónica transformaron decisivamente los equilibrios de poder entre Rusia y Francia es una tarea muy complicada, pues es preciso tener en cuenta multitud de factores que contribuyeron, alternativamente, a fortalecer o debilitar a una potencia frente a la otra. Este es seguramente el mayor mérito de la narrativa de Lieven: sus capacidades de síntesis y análisis, apoyadas en un estilo muy claro y sencillo (reproducido con fidelidad por Álvarez-Flórez), hacen de este libro una lectura obligatoria para todo interesado en las Guerras Napoleónicas.

La tesis de Lieven interesará inmediatamente a todo lector de *Guerra y Paz*, pues contradice con fuerza a una de las interpretaciones históricas más fuertes de la

¹ DOMINIC LIEVEN, *Rusia contra Napoleón*, p. 830.

<https://doi.org/10.66015/lrv.1891>

novela: la historia es escrita por las masas anónimas de las naciones, y los personajes poderosos tan solo *pretenden* que tienen el poder; por lo tanto, la fuerza decisiva de estas guerras no fue el genio táctico de los generales, sino la fuerza moral de los soldados. Lieven es consciente del tirón de este debate, y cita comúnmente a Lev Tolstói y su obra en la primera mitad de este libro.² Debemos tener presente, empero, que cuando Lieven ataca la posición de Tolstói está atacando algo más: la interpretación tradicional soviética, apoyada decisivamente en el escritor y en su ensalzamiento de la figura del mariscal Kutúzov, héroe de la campaña de 1812, además de a la desfasada interpretación que en Occidente se tiene de las guerras de Rusia contra Napoleón, de nuevo sustentada esencialmente en la lectura de *Guerra y Paz*.

Los desacuerdos entre Lieven y Tolstói tienen dos motivos importantes: unas concepciones diferentes de la historia y de las campañas rusas posteriores a 1812. Lieven se describe en su introducción como un “historiador chapado a la antigua”, que busca en las acciones de los personajes poderosos el motor principal de la historia: eso explica su tesis; Tolstói, en cambio, reniega de esta interpretación tradicional, y seguramente subestima el papel de los grandes personajes en beneficio del poder de las masas. El deseo de disipar el mito tolstoiano lleva a Lieven, además, a poner en especial valor el mérito de la actuación rusa en 1813-1814, campañas frecuentemente olvidadas al lado de 1812. Es por ello que el historiador inglés favorece la perspectiva de los principales defensores de una intervención rusa a gran escala en Europa: Barclay de Tolly y Alejandro I; Tolstói, en cambio, parece alinearse más con la vieja guardia, esto es, aquellos políticos, militares y aristócratas que no le veían el sentido a seguir la guerra más allá de las fronteras rusas. Las tensiones, por tanto, que se generan entre estas dos visiones no deben ser muy diferentes a las que se generaron en la corte del zar en 1812. Frente a Kutúzov y el valor de un general que comprende y acepta las limitaciones naturales e insalvables de su poder, Lieven pone de relieve a uno de los principales responsables del éxito militar ruso en 1812-1814: Mijaíl Barclay de Tolly. Gracias a la estrategia decidida por él y Alejandro I, el ejército ruso llevó a cabo exactamente el tipo de guerra que menos convenía a Napoleón y su colosal *Grande Armée* de más de medio millón de hombres, atrayéndola a las profundidades de Rusia y destruyéndola.

Sin embargo, el éxito ruso no puede explicarse únicamente a través de su pericia militar: unos excelentes servicios de inteligencia, unos esfuerzos diplomáticos constantes y decididos a acabar con Napoleón y la fortaleza constitutiva del Imperio ruso contribuyeron a hacer lo difícilmente imaginable en 1807 realidad. Es un gran halago a la historia de Lieven decir que su lector está en condiciones de entender bastante bien por qué Napoleón entró en 1812 en una Moscú desierta y muy pronto arrasada por las llamas, y por qué Alejandro entró menos de dos años después en una París de gala y pletórica por recibir a los garantes de la paz.

Más allá de lo que pueda coincidir el lector con la concepción de la historia que tiene este “historiador chapado a la antigua”, es innegable que Lieven es un excelente narrador e investigador de la historia política y diplomática. Es posible que lo mejor de su libro, más allá de unas batallas y campañas que han sido narradas ya muchas veces, sean sus inteligentes análisis de los complejos y peligrosos dilemas y problemas que estaban en la cabeza de reyes, emperadores, generales y políticos. Conocer los

² También son conscientes las editoriales, cambiando en algunas ediciones el subtítulo a *The True Story of the Campaigns of War and Peace*; subtítulo, por otra parte, quizá no muy afortunado: las campañas que trata este libro (1807-1814) difieren bastante de las narradas por Tolstói (1805-1812).

argumentos y contraargumentos detrás de cada acción decisiva en la historia (como la adopción rusa de una estrategia defensiva ante la inminente invasión de Napoleón, o las polémicas resoluciones del emperador de los franceses en su marcha hacia Moscú y en Borodinó) hace que, a pesar de la ventaja que brindan doscientos años de perspectiva, algunos dilemas se constituyan aún como verdaderamente formidables. Lieven es capaz de hacer que el lector sienta un poco del acuciante estrés que acompaña a las decisiones de las que penden el futuro de imperios; la tensión con la que se narran los preparativos rusos ante la inminente invasión de 1812 es el ejemplo más ilustre.

En suma, la obra de Dominic Lieven se constituye como un trabajo imprescindible para todo aquel que quiera saber la historia de la política europea a lo largo de siete años decisivos y sangrientos; quien se acerque a ella buscando enriquecer su lectura de *Guerra y Paz*, además de cumplir su objetivo, se encontrará con un trabajo histórico excelente. Es posible, sin embargo, que esta historia, en la que “se vio al ejército ruso que avanzaba en Europa en 1813-1814 como un ejército de liberación” quede insalvablemente lejos de nuestros días, y no pueda “extraerse alguna lección de ese momento”, como esperaba Lieven en el último párrafo de su conclusión, en el que el triunfo ruso representaba “el restablecimiento del comercio y la prosperidad europeas”.

Luis Rupérez Olmedo